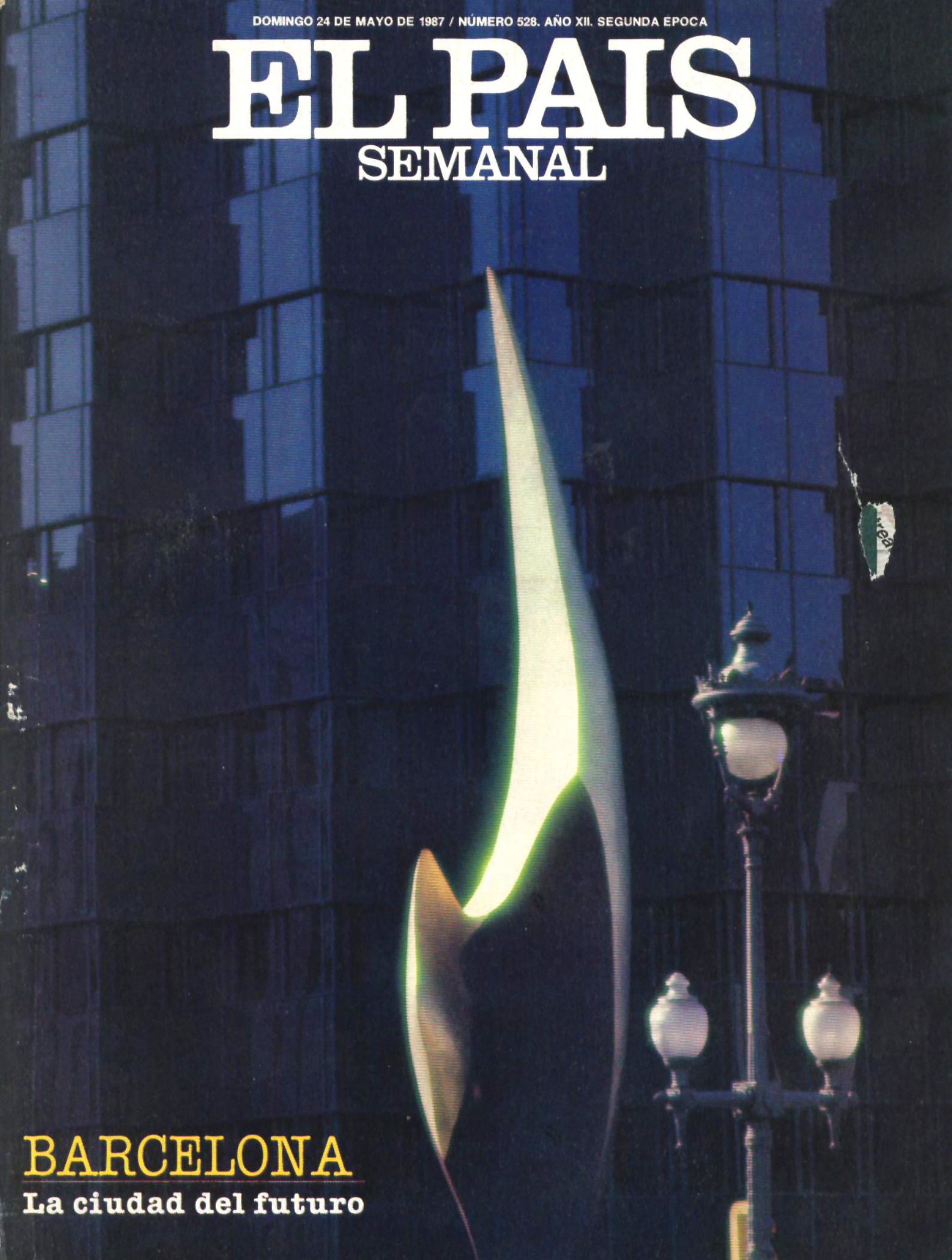


DOMINGO 24 DE MAYO DE 1987 / NÚMERO 528. AÑO XII. SEGUNDA ÉPOCA

EL PAIS

SEMANAL

BARCELONA
La ciudad del futuro



EL BAILE DE LA SERPIENTE



La llamita de la vela brillaba intensamente dentro de la gran copa de brandy. El hombre la tomó con ambas manos, como el sacerdote el cáliz, y por un instante los espesos cristales de sus gafas recibieron una débil luz. Se adivinaron dos ojos como dos ascuas. Era un cuarentón calvo, mostachudo y muy bien trajeado, que fumaba una pipa barroca. Había llegado acompañado de una mujer maquillada como para un baile de máscaras, con joyas suficientes para financiar el plan de desarrollo de una provincia pequeña. El hombre se levantó de la mesa y movió su corpachón en dirección a la bailarina. Ésta le vio venir, suavizó el contoneo y abrió los brazos en un gesto que podía ser una oferta o un desafío. El hombre adelantó los suyos y ofreció la ardiente copa. La bailarina la miró, lanzó una sonrisa, echó la cabeza hacia atrás y dio unos pasos en torno al espontáneo. Era una serpiente enroscándose en su presa.

Entre los aplausos entusiastas de la concurrencia, el hombre, siempre con la pipa colgando de la comisura de la boca, regresó a su asiento con el fuego. En ese momento era el más feliz de los cairotas.

"Todo ha pasado como a cámara lenta", pensó el extranjero desde el rincón en que le había colocado el *maitre*. "Buenas noches, señor. Ahlan Wasahlan. Bienvenido. Le voy a dar el mejor sitio de la casa, señor. El mejor, créame", había dicho el *maitre*.

Era una mesa que tenía una excelente perspectiva de la sala, pero que se le antojaba un poco demasiado lejana de donde bailaba la mujer. Y, sin embargo, cuando el tipo de la pipa se sentó de nuevo junto al muestrario de joyería, el extranjero se descubrió una sonrisa boba y cómplice. "Debe ser mi cabeza la que funciona a baja velocidad", se dijo.

Llevaba varios días en El Cairo y había explicado una docena de veces a/PASA A PÁG. 62



El extranjero se adentra en la noche de la capital egipcia y acude al templo de la serpiente que se enrosca voluptuosamente en su presa. Los templos de la urbe acosada por el desierto se convierten entonces en “el escenario mágico donde una muchacha de carnes blancas y prietas hace bailar unos flecos en azul y plata”. Surge en el cabaré el femenino misterio de la danza del vientre.

Escrito por: *Javier Valenzuela* | Fotografías: *Bernardo Pérez*



La bailarina de la danza del vientre ondula su cuerpo y ofrece sus encantos, donde se posan las miradas de quienes acuden al cabaré.

BAILE

VIENE DE PÁG. 60/otros tantos taxistas diferentes que no era un turista, que no tenía ganas de ver las pirámides o de hacer compras en Jan El Jalili. Había rehusado también sus ofertas de cambiar dinero. Desde su primera estancia en la metrópolis africana, vendía sus dólares en una tienda de baratijas próxima a la plaza El Tahrir, a cuatro pasos del hotel Nile Hilton. Tal vez le dieran allí unos céntimos menos que en la calle, pero la fidelidad a ese comercio le daba la sensación de que El Cairo era también su ciudad.

"Ah, usted está aquí por negocios", solían deducir los conductores, en un alarde de inteligencia. Entonces, de modo también inevitable, ponían rostro y voz pícaros para añadir: "Pero por las noches no trabajará. Podrá ir a un cabaré muy bueno que conozco. Danza del vientre, bailarinas maravillosas y chicas estupendas, muy bonitas y muy limpias". Cuando también a esa proposición respondía negativamente, los taxistas debían pensar que era un estúpido o un mentiroso, y se esforzaban por callarse.

Esa jornada fue distinta. Al regresar por la noche al hotel apretaba contra su pecho una primera edición de *The seven pillars of wisdom* (*Los siete pilares de la sabiduría*), de Thomas E. Lawrence. Era un volumen pesado, encuadernado en piel, editado en Londres por Jonathan Cape hacía más de medio siglo, que en una de sus primeras páginas llevaba el *ex libris* del que debió ser su primer propietario, un tal K. B. Clarke.

Yvette, la encargada, lo había rescatado del polvoriento anaquel donde le esperaba, en Les Livres de France, de la calle Kasr El Nil. Su precio, 80 libras egipcias, era/PASA A PÁG. 64

"La clave está en los flecos que cuelgan del sujetador y de la cintura de la falda, y que registran como un sismógrafo el terremoto general de la bailarina". Dentro del torbellino, siempre la sonrisa satisfecha.





BAILE

VIENE DE PÁG. 62/el ingreso mensual de cientos de miles de caírotas pobres. A él le pareció una ganga.

En la habitación del hotel, el extranjero encargó por teléfono bocadillos y zumo de *gawafa*, el oloroso fruto de la pasión, y se lanzó a hojear su conquista. Los grabados de Lawrence, Feysal, Abdulla, Wingate, Auda Abu Tayi y los otros protagonistas de la *revuelta árabe* le produjeron desasosiego. Excitado y nostálgico, dejó el libro, se puso una camisa nueva, abandonó la habitación, entregó la llave al conserje, lanzó una distraída mirada a los retratos de Nasser, Sadat y Mubarak, apenas prestó atención a los saudíes y europeos que se agitaban en la recepción y salió a la calle por el lado del río.

Era una fresca noche de invierno. Los autobuses emprendían los últimos viajes a los barrios periféricos. De sus puertas colgaban pasajeros como racimos de dátiles. Por la *corniche* paseaban parejas jóvenes

que no se tocaban; ellas, con velos claros, faldas largas y medias de color carne. El Nilo, ancho y manso, era surcado por algunas *felugas* rápidas, silenciosas y elegantes. En la otra ribera brillaban lucecitas multicolores.

Un niño ofreció al extranjero unos chicles que no compró. El chaval tenía la cabeza rapada y pupas de fiebre bajo la nariz achatada. Entonces un taxi se aproximó a la acera. El conductor disminuyó la velocidad e hizo sonar la bocina.

Fatme salió a escena minutos después de la medianoche. El extranjero la esperaba desde hacía mucho rato y llevaba ya algunas copas encima. Muchas menos que el resto de los espectadores, que apenas dejaban reposar sobre las mesas las botellas de *whisky* escocés. Un gigante nubio, con chaquetilla roja y pajarita negra, iba de un lado a otro, con cacharros metálicos repletos de cubitos de hielo.

El taxista no le había engañado. Fatme no era como esas falsas nubias de los folletines televisivos egipcios. El extranjero conocía de memoria la melodramática historia de amor entre la bailarina de la danza

del vientre y el respetable abogado o médico. La había visto en las televisiones de todos los hoteles de Damasco, Beirut, Amman o El Cairo, y podía describir de memoria los ojos cargados de pintura, la boca pulposa y escarlata, el cinturón de grasa que se agitaba al compás de la música árabe. Y también las angustias del caballero para explicar a los suyos su pasión por hembra tan dudosa, y la sempiterna predisposición al sacrificio de ella.

Fatme no pertenecía al modelo de madre gruesa, buena y sensual, con la que comete incesto el inconsciente masculino árabe. Era ella joven y de blancas y prietas carnes; una muchacha egipcia de larga, oscura y rizada cabellera, ojos inmensos y ambigua sonrisa.

Vestía el uniforme de su oficio: sujetador y falda ancha, en azul y plata. La segunda pieza empezaba bastante por debajo del ombligo, se abría en el lado derecho y terminaba en los tobillos. El resto era una cadena de oro en torno al cuello, unos zapatos amarillos y un velo del mismo color entre las manos.

Su aparición había sido precedida por la de los músicos, tres tipos vestidos con esmo-

quin y sombrerito *fez*, que llevaban un laúd, un acordeón y, como percusión, panderos y timbales. Los músicos habían comenzado a tocar y, al mismo tiempo, del público había surgido un largo y gutural grito de alegría.

A esas alturas de la velada, el extranjero había olvidado los asuntos que le habían llevado a El Cairo y hasta las aventuras de Lawrence en tierras árabes. Su primera sorpresa había sido comprobar que bastantes hombres venían acompañados por mujeres. Éstas estaban, cierto, en minoría, pero hacían notar su presencia. Dos próximas a su mesa habían dedicado un buen cuarto de hora a enseñarse mutuamente sus anillos y pulseras.

Luego, las mismas damas habían atacado los entremeses. Cogían el tenedor como si fuera un azadón y agachaban sus cabezas hasta casi dar con sus dientes en el plato. Se las veía deseosas de mostrar su fortuna y su felicidad. Más tarde, cuando Fatme danzó, compitieron con los varones en dar palmas, con ese estilo oriental que consiste en extender mucho los brazos y abrir los dedos. Sus miradas húme-/PASA A PAG. 66



Un placer para pocos.

Ser el líder mundial en ALTA FIDELIDAD PARA COCHE se consigue sólo mediante la más avanzada tecnología y el más riguroso control de calidad.

El nuevo modelo 7902 ALPINE, único RADIO-COMPACT DISC del mercado en una sola pieza, es una buena prueba de ello.

Junto a su avanzado diseño y extrema fiabilidad, ALPINE ha incorporado la más innovadora circuitería electrónica, dando como resultado un nuevo concepto de Alta Fidelidad para coche: EL SONIDO ALPINE



ALPINE
CAR AUDIO SYSTEMS

Importador **EAP** — C/. Heraclio Fournier, 3 - Vitoria. Tfnos.: 25 34 00 - 25 34 11
Acuda al Distribuidor Oficial de su Localidad

BAILE

VIENE DE PÁG. 64/das seguían con deseo los movimientos de la muchacha.

Los espectadores masculinos formaban una tropa madura y vestida a la occidental, con el caro y extraviado gusto del nuevo rico. Se oía que habían labrado su futuro en tiempos de Sadat, cuando el *raís* quiso liberalizar la economía del país y abrió las puertas a la especulación y la corrupción. Estaban muy lejos de aquellos aristócratas y burgueses egipcios que habían hecho grande Alejandría antes de la II Guerra Mundial.

En realidad, la asistencia estaba a tono con el cabaré, que estaba cerca de las pirámides, ostentaba el nombre de una ciudad norteamericana y tenía paredes tapizadas en rojo burdeos, flores de plástico en las esquinas, espejos en las paredes, muebles estilo Faruk XIV y luces en el techo suficientes para animar la feria de un barrio cairota.

El extranjero emprendió su cuarta o quinta copa. Alguien le preguntó: "¿Aiwa?", el OK árabe, y él musitó: "Aiwa". Entonces tuvo una revelación. "La clave está en los flecos", sentenció para sí. No en el cuerpo de Fatme, representando con descaro el acto sexual. No en esas caderas que, en perfecta sintonía con la percusión, podían oscilar sin que el resto del cuerpo pestañeara. No en el gesto de cruzar los brazos sobre el pecho y lanzarse a un convulsivo balanceo de la cabeza. Tampoco en el velo ciñendo el trasero.

No, la clave estaba en los flecos que colgaban del sujetador y de la cintura de la falda, y que registraban como un sísmógrafo el terremoto general de la bailarina.

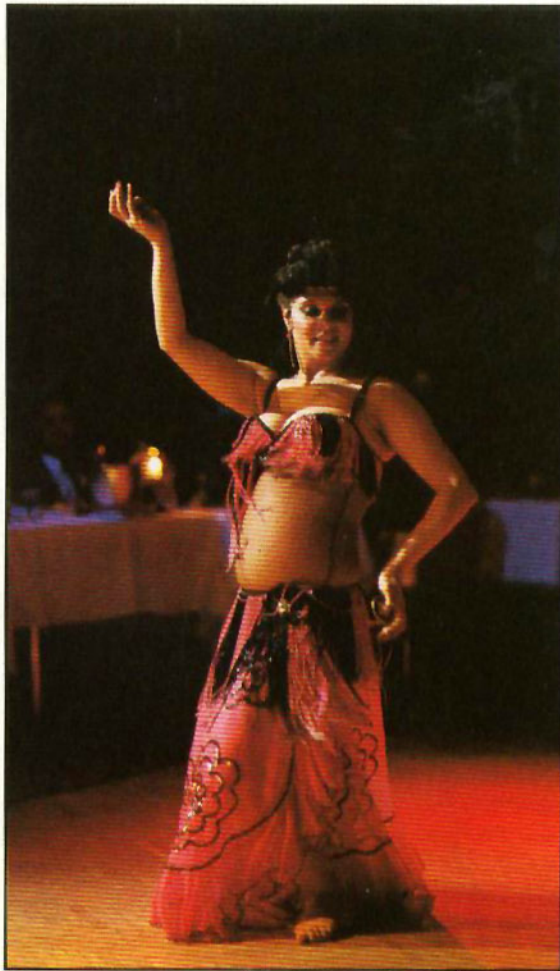
Paladeó el trago y, por segunda vez en la jornada, se sintió feliz. El Cairo le había dado hoy una primera edición de Lawrence y la explicación del misterio de la danza del vientre. Sintió un incontenible sentimiento de hermandad hacia aquellos hombres y mujeres que aplaudían, ululaban, soltaban grandes risotadas y se rebullían en sus asientos.

El Cairo no era una insoportable ciudad de 12 millones de habitantes. No era el polvo del desierto, la lentitud de los funcionarios, el humo de los

automóviles, las obras del *metro* que nunca terminaban, el estruendo de criaturas y maquinarias. El Cairo era el escenario mágico donde una muchacha de carnes blancas y prietas hacía mover unos flecos en azul y plata.

Fatme fue implacable. Dejó el escenario y comenzó a recorrer las mesas. Un hombre con barbita a lo Trotski perdió el control, se levantó y comenzó a mover con torpeza el trasero. Su acompañante, una elegante rubia de aspecto europeo, le miró con displicencia. El espectador volvió a sentarse. Sudaba como si hubiera corrido kilómetros por el desierto. "Helu ya

Unas llamas vigilan desde las mesas cómo las danzadoras dominan con ritmo sus voluminosas carnes.



Walad" ("Bien hecho, Nina"), gritó.

El extranjero la vio venir. Le miraba directamente a él, con una sonrisa en los carnales labios que era una promesa. Unas gotitas de sudor perlaban el bigotito de la chica. Dos impulsos contradictorios se adueñaron del extranjero: lanzarse a bailar como había hecho *Trotski* o huir, regresar a casa con su madre. Resolvió la batalla con la/PASA A PÁG. 69

BAILE

VIENE DE PÁG. 66/posición de la estatua. Se quedó quieto cual esfinge.

Apenas había espacio entre las apiñadas mesas del cabaré, pero Fatme se las apañaba para ir descendiendo poco a poco hacia el suelo enmoquetado, como una cobra encantada. El extranjero la tuvo unos segundos a sus pies, una hembra tendida que agitaba su vientre.

Por la mañana le despertó un empleado que quería controlar el minibar de la habitación de su hotel. Había olvidado colocar el cartel de "No mo-

"Era ella joven y de blancas y prietas carnes, ojos inmensos y ambigua sonrisa".



lestén". Había olvidado todo. ¿Cómo pudo dejar el local, conseguir un taxi y regresar a su confortable guarida? Sólo recordaba las calles de la ciudad insólitamente desiertas.

Desayunó café con leche y tortilla de aspirinas, mientras repasaba las ilustraciones de *The seven pillars*. No tenía ánimos para enfrentarse a *The Egyptian Gazette* o *Le Progrès Egyptian*, los diarios que le habían introducido por debajo de la puerta. Tomó una ducha y se dispuso, de mal humor, a hacer las dos o tres gestiones que aún le quedaban en El Cairo.

Al día siguiente debía dejar

la ciudad por un largo período. Pero estaba obsesionado con una idea: volver al cabaré, ver a Fatme una vez más. "Tengo que hablarle, tengo que decirle que es una diosa", se repetía. E imaginaba formas para presentarse, palabras para no alarmarla, para que comprendiera que él no era como los otros.

Comió en casa de un diplomático de su país, en Zama-lek. Habló del hallazgo del libro y, sin embargo, no dijo una palabra sobre su primera experiencia como espectador de la danza del vientre. El diplomático le contó de la crisis económica que ahogaba el valle del Nilo y de la agitación de los musulmanes integristas de la ciudad sureña de Assiut. Mubarak, explicó, era un hombre bienintencionado y honesto que tenía serios problemas para imponer su autoridad.

Era nuevamente de noche cuando el extranjero abandonó su hotel al borde del río. El portero le consiguió un taxi y pareció querer decirle algo sobre la escasa oportunidad de una salida nocturna. No le oyó ni tampoco descifró el rostro inquieto del conductor. Dio el nombre del local y se hundió en el asiento, repasando las frases que había preparado para la bailarina.

Un grupo de soldados con uniformes mal abotonados y fusiles con bayoneta calada le sobresaltó brutalmente. Los soldados hablaban excitadamente con el taxista. No hacía falta saber árabe para entender que le ordenaban regresar. El extranjero quiso bajarse del coche, pedir explicaciones a los uniformados, pero uno de ellos le obligó, con el afilado acero, a regresar a su asiento.

"Es imposible ir a la zona de las pirámides, señor. Hay *bum bum* allí. Los policías se han rebelado. El cabaré que usted busca ya no existe, señor. Lo han quemado los rebeldes", explicó el conductor. Por las calles de El Cairo circulaban camiones abarrotados de hombres armados. ■